

La calle de don Nicasio

Sonó el timbre y don Nicasio se demoró un buen rato porque se estaba vistiendo. Había salido a la calle hacía poco y ahora quería cambiarse de ropa para recibir a su hija. Cuando contestó el citófono, el conserje le anunció que ella iba subiendo.

El viejo carraspeó y abrió la puerta para recibirla. Del ascensor salió una mujer cargando varias bolsas de supermercados, además de su cartera al hombro y una carpeta bajo un brazo. Se veía muy cansada, pero aún así levantó todo de un viaje y se acercó caminando con rapidez y decisión:

—¡Hola, papá!

—Hola, hija.

—Vengo apurada, tengo que volver a la oficina a las tres.

—Pase, hija, adelante.

—¿Cómo está?

—Acá estamos, vivos todavía. Peleándola, usted sabe.

Ella fue a la cocina y dejó las bolsas en el suelo, quejándose del peso y del tráfico. Empezó a guardar la mercadería, mientras don Nicasio le preguntaba sobre su trabajo.

—Todo bien, papá. ¿Cómo se ha sentido? ¿Se está tomando los remedios?

—Sí, hija, todos.

—¿Seguro? ¿Y ha estado descansando? —Miró a su padre de arriba abajo: tenía las canas despeinadas, por lo que asumió que había estado en casa todo el día. Calzaba pantuflas y un pijama decente, por lo que se veía bien, es decir, activo, consciente y preocupado de su aspecto—. Recuerde que el doctor dijo que tenía que descansar y no exponerse al frío... ¡Ah! Eso me recuerda... mire lo que le traje. —De una de las bolsas sacó una bata larga y peluda, azul marino con un bordado en el pecho.

Don Nicasio la miró con sospecha:

—¿Y eso?

—Una bata, po. Para que se abrigue al tiro cuando salga de la ducha, y para que no le dé frío y ande más cómodo aquí en la casa. ¡Es bonita! ¡Elegante!

Él miró el atuendo, que le parecía algo de otro planeta. Levantó las cejas y, suspirando, tomó la prenda y la llevó a su dormitorio. Se la puso, se miró al espejo. Meneó la cabeza y se la sacó. La dejó sobre la cama y volvió a la cocina, donde su hija terminaba de guardar algunos comestibles en el

refrigerador.

—No le gustó —dijo ella.

—Sí me gustó, hija, gracias. —Se acercó a ella y le besó una mejilla.

Su hija hizo como que lo abrazaba y aprovechó de olerlo.

—Ay, papi, me da mucho gusto verlo bien. ¿Me ha echado de menos?

Por fin pude hacerme un tiempito, estas semanas han sido... ¿No ha estado saliendo, papá, verdad?

—No, hija. ¿A dónde voy a ir?

—No se me haga el lesa. Usted sabe que lo vieron el mes pasado en la esquina.

—¡Bah!

—¿No se acuerda que peleamos y usted me dijo esas cosas feas?

Don Nicasio alzó los brazos y fue al living a mirar por la ventana. Estaban en un piso veinte.

Cuando su hija terminó de ordenar la cocina, se acercó a su padre, pero no sabía qué decirle para que no hubiese discusión. Se paró a su lado y miró hacia afuera a través del gran cristal que aislaba los sonidos de la calle.

—Este barrio es bonito, papá. Es tranquilo. Usted tiene todo lo que necesita, ya se lo dije: este es su departamento. Suyo. No tiene nada que... — Inspiró, con los ojos cerrados, para cuidar mejor sus palabras—. Por favor, lo único que le pido es que no se ande exponiendo, ¿ya? No me haga pasar malos ratos... no es mucho pedir, ¿cierto?

—Pasan hartos autos por acá —respondió él—. Pero no se escucha casi nada. ¡Se extrañan los ruidos de la calle! El ser humano... es un animal de costumbres.

Ella suspiró y volvió a la cocina. Tomó su cartera y empezó a repasar, de pie, el contenido de la carpeta: tenía una presentación de trabajo a las tres de la tarde con unos clientes del extranjero.

Pasado un rato, Don Nicasio se asomó a la puerta y le preguntó si quería almorzar. La respuesta fue escueta:

—No alcanzo, papá, ando apurada. Pero usted sírvase, le traje un plato listo, se lo dejé ahí. —Indicó el refrigerador sin levantar los ojos de sus importantes documentos—. Es pollo con arroz. Del súper. Yo me tomo un café y parto al trabajo. —Aún con la vista en la carpeta, extendió un brazo para encender el hervidor.

—Ese es el termo, hija —dijo don Nicasio, y encendió el hervidor que estaba un poco más allá.

—Gracias.

—Estaré viejo pero no loco. Uno se acostumbra a ser como uno es...

—Ya, papá.

Ella siguió leyendo, inmóvil salvo por sus pupilas.

Don Nicasio suspiró y fue a su dormitorio, se puso la bata nueva, se miró al espejo con un rostro en blanco y volvió al comedor. Tomó un libro de la repisa, se sentó sobre un sillón al lado de la ventana y empezó a hacer como que leía. En realidad, estaba mirando hacia afuera: a los autos que se detenían en la luz roja del semáforo, allá en la esquina. Intentaba escuchar, pero estaban muy alto y la ventana parecía cosa de magia.

Su hija apareció sosteniendo una taza de café y se sentó en la mesa del comedor. Seguía leyendo sus papeles, pero en un momento levantó la vista y vio al viejo con la bata puesta, y más encima con un libro. Le pareció que estaba todo bien, y que por ende era un excelente momento para seguir enfocada en preparar la presentación.

Cuando se terminó su café, ella cerró la carpeta, tomó su cartera y sacó las llaves del auto. Se paró, carraspeó y se acercó al viejo:

—Ya, papi —dijo suavemente—. Me tengo que ir.

—Vaya nomás, hija. Yo voy a echar una siestecita acá, mirando la calle. Es bonita esta calle. Pasan hartos autos. Uno descansa tranquilito... ¿Esta ventana no se puede abrir?

—No, papá, es para mirar nomás.

Don Nicasio dejó el libro sobre su regazo y apoyó la cabeza en el respaldo del sillón, que se reclinó levemente con su peso. Su hija se acercó y le besó la frente. Le dio gusto, porque se veía bien ahí en el bergere que ella había escogido, con la bata que había considerado más elegante, las pantuflas... y viviendo en un buen departamento de un barrio decente. Era casi como la imagen que se había proyectado en su mente del padre-anciano que siempre había querido tener.

—Qué bueno verte así, papi, me quedo tranquila. Voy a tratar de volver en la noche... un rato aunque sea, pero no creo que pueda... Hoy llegan unos clientes de afuera, estamos todos hasta el cogote...

—No se preocupe, hija. Vaya nomás. Yo me quedo descansando. Hasta la próxima. Ahí me llama nomás, usted sabe.

Aliviada, salió del departamento. Bajó del ascensor y, en el lobby, se acercó al conserje. Le preguntó si don Nicasio había estado saliendo mucho. El tipo contestó sonriendo y girando sobre su silla:

—No, señora Lidia, no se preocupe. Ha estado todo tranquilo.

—Ya, gracias —dijo ella, entrecerrando los ojos.

El conserje la vio salir hacia el estacionamiento de visitas. Luego, a través de las cámaras, vio cuando el auto se acercó a la reja y apretó un botón

para permitirle la salida. Cuando vio que ella se alejaba definitivamente, suspiró y meneó la cabeza. Sacó su celular y empezó a matar el tiempo.

Un par de horas más tarde levantó la vista cuando se abrieron las puertas de uno de los ascensores. Apareció el viejo, vestido como se vestía todos los días desde hace quizás cuántos años: un pantalón gastado y una chaqueta desteñida. Sin embargo, sus zapatos estaban lustrados, su camisa era blanca y llevaba las canas bien aplastadas con gel.

—¡Cómo le va, don Nicasio! —dijo el conserje.

—¡Manolo! ¿Cómo te trata la vida, mijo? —Se dieron la mano ruidosamente—. ¿Te preguntó algo la Lidia?

—Usted sabe, don Nicasio —respondió, alzando los hombros.

—Bueno, Manolo, se te agradece, ¿ya? Te daría un billetito pero sé que no te gusta...

—¡Para qué, don Nicasio! ¡Que tenga buena pesca!

El viejo atravesó el lobby sonriendo y arrastrando los pies, como siempre.

Llegó al semáforo de la esquina, donde se detenían los autos. Ahora que ya eran como las cinco, empezaba la hora de alto tráfico y las hileras de vehículos colmaban la esquina de la calle de don Nicasio. El ruido del tránsito siempre le traía recuerdos.

Con su paso cansino y su pinta dominguera de la vieja escuela, se deslizó entre las filas de vehículos. Volteaba a uno y otro lado, extendiendo la palma arrugada de su mano derecha, mientras con la izquierda saludaba mecánicamente a los innumerables rostros que lo miraban desde el otro lado de los cristales.

Tomás Veizaga Ramírez

